





# DOS ROSAS, UNA REVOLUCIÓN



Andy L. Escandon

# DOS ROSAS, UNA REVOLUCIÓN



Primera edición: julio 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Andy L. Escandon

ISBN: 978-84-19899-12-5

ISBN digital: 978-84-19899-13-2

Depósito legal: M-21199-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mi abuela, por su historia, su amor y su lucha.*

*A mi madre, por su apoyo incondicional.*

*A Lucía, por su insistencia, y por todo.*





# 1

El sonido fue igual de atronante que otras veces, mas nunca dejaba de causar esa mezcla de miedo y vergüenza que se apoderaba de ella y le hacía pegar un pequeño brinco. ¿Vergüenza de qué? Ni ella misma lo entendía. Esa voz le recordaba que había hecho algo malo, aunque, en realidad, no lo había hecho; la convertía en una joven a ser castigada por sus actos sin tener conocimiento de ellos. Tras pegar el típico salto de susto, agarra la cesta con las mazorcas y se echa a correr hacia la salida del maizal. «Si regresas, trae más agua», le dice la hermana al pasar por su lado. Sin dejar de dar zancadas largas y apuradas, Rosa asiente a la petición, aunque su hermana ya no le ve ni el rastro.

Siempre es así cuando llama Félix. No importa que esté a cien metros de distancia, parece como si estuviera gritando pegado a su oreja. A veces él se ofendía porque estaba cerca —cerca de verdad— y veía el brinco que pegaba la chiquilla al sentir esa voz ronca, entonces, peleaba más todavía y había que aguantar la perreta por más tiempo. Pero para ese entonces ya ella estaba más calmada, porque sabía el teque-teque que había que escuchar. No hay susto. Solo había que esperar que pararan los ladridos y practicar más para que en el próximo aullido el brinco no fuera tan evidente. Al pasar por los corrales, Luisito se mete con ella. «¡¡¡VACA!!!». Casi se detiene a lanzarle una guayaba podrida de las que hay en el piso, pero otro grito la hizo reaccionar. «¡ROSA!». Esta vez fue más seco, así que la estaría viendo desde alguna parte. No es momento para bromas entre hermanos.

«¿Y usted por qué viene así de sofocada?», pregunta Félix con ambas manos en la cintura y la barriga *echá* pa'lante. No es una

pregunta para ser contestada. Ni siquiera es retórica. «Acompañe a mi compadre, y, cuando regrese, regrese derecho y no me coja por el cafetal». En el camino que se cruza con la entrada principal de la finca, está el compadre. Un guajiro con camisa y pantalón de tela vieja, un poco sucia y mal remendada, y el sombrero de paja en la mano como quien le pide un favor al patrón. Solo que Félix no es patrón. Él también es guajiro como cualquier otro pobre que viva en el campo.

A Rosa le gustaría lavarse el rostro al menos. Se pasa un trapo por la cara y, con ayuda del sudor, se quita un poco el churre. Iba de salida cuando se percata de que aún lleva la cesta de mazorcas. Al girarse hacia su padre, este la mira de tal forma que solo ella sabe cuán inútil se siente. Baja la mirada. Trota por su lado y deja la cesta en el patio lateral de la casa. Sin decir palabra, se une al paso cansado del compadre que ha empezado a andar, ya con el sombrero puesto. Rosa se cubre del sol con un pañuelo y se limita a seguir los pies que van delante de ella.

El camino es amplio y sin árboles a los laterales, por lo que no es una buena idea caminarlo al mediodía. «Esta es la hora en la que el perro no sigue a su dueño», suele decir la madre siempre que regresan del huerto cuando el sol no se aguanta más. Sobre todo en el oriente de la isla. Dicen que aquí pega más fuerte que en ninguna otra parte. También queda entredicho que no hay que forzar ninguna conversación. Hasta la saliva hay que ahorrarla.

Está entretenida buscando tesoros en el suelo —monedas, lápices, algo— cuando el hombre tuerce su rumbo y se sale del camino principal. Han llegado a su finca. Rosa lo sigue por un trillo que va en subida, sin más escalones que algún que otro tronco ubicado en las inclinaciones más abruptas. A los lados hay una especie de jardín desaliñado, con demasiada yerba mala como para que florezca algo. En la cima, una casita de madera sin pintar.

La puerta no tiene cerrojo alguno. El hombre la empuja y, casi sin ganas, le dice que pase. Ella se recrea unos segundos en mirar

alrededor de la casa. Reconoce que la finca es más pequeña que la de su padre y que la tierra está completamente sin trabajar. Al entrar, no ve al hombre. El suelo es de tierra, pero está limpio. Hay solo dos banquetas. Duda si sentarse. Además de la puerta por la que acaba de entrar, hay otro marco, pero solo tiene una cortina desgastada con algunos agujeros que está estática a causa de la ausencia de viento. El desgaste de la cortina es tal que puede ver perfectamente la figura del compadre. A través del orificio más grande, sin intención alguna, se percata de que está desnudo. Solo puede ver unas nalgas peludas y cobrizas. De repente, no sabe si sería prudente seguir mirando. Siente curiosidad, más que nada. El hombre comienza a ponerse el pantalón, con el cuerpo de lado. Ella, sin moverse, mira el miembro arrugado e inerte que es cubierto. El llanto de un niño la saca de su concentración. Se da cuenta de que respira nuevamente. No sabe exactamente cuando dejó de hacerlo.

El hombre se asoma por la cortina, esta vez con una ropa igual de vieja, pero al menos no remendada, y le indica que pase. Una mujer mucho más joven que él, un poco obesa y llena de estrías, pone un bebé en los brazos de Rosa mientras se guarda uno de los pechos. «El que da lucha es este, pero acaba de almorzar, así que no te preocupes». Rosa mece al niño mientras sonríe a la madre y nota que hay otro bebé acostado en la cama, completamente desnudo, que es el que llora de forma desesperante. La madre indica dónde están los trapos que usan como pañales, coge un saco de hilo de yute y salen. Los ve partir por el camino desde la única ventana que tiene la casa, abierta con el sostén de un palo apuntalado en la esquina. Los dos se van cubriendo del sol con el saco de yute.

Rosa deja el bebé que tenía en brazos sobre la cama. Toma al que llora para intentar calmarlo. El otro empieza a gimotear también al sentirse abandonado. Rosa, con el rostro afable, toma uno en cada brazo y se acuesta con ellos en la cama. Canta:

*Arroz con leche, me quiero casar  
con una señorita de la capital  
que sepa coser, que sepa bordar,  
que sepa abrir la puerta para ir a jugar.*

Tararea la canción de forma monótona hasta que las dos crías se van quedando tranquilas. Cuando siente que el sopor del calor y la nana han hecho efecto, se levanta para volver a la ventana. Los bebés dormitan. Con esta temperatura es imposible dormirse del todo. Rosa mira la explanada de tierra rojiza que llega hasta el camino, y como continúa después del camino hasta confundirse con el verde oscuro de las montañas. Es todo lo que ha visto en sus quince años de vida. Su piel, que suele ser de una blancura pálida desconcertante, solo conserva el color en las partes más recónditas de su cuerpo. Anda descalza casi todo el tiempo, por lo que sus pies suelen tener el mismo tono de la tierra, y, a veces, no se quita ni en el baño con jabón de los domingos. La cara y las manos están quemadas de tanto trabajar a campo abierto; al igual que su pelo, cada vez más deteriorado. La madre dice que, cuando nació, tenía mucho pelo en la cabeza, y lindo; pero pa quien trabaja en un maizal desde los cinco años, no hay cuidado que valga.

Uno de los niños vuelve a llorar. Arroz con leche, me quiero casar. Tararea sin dejar de mirar el paisaje. Ya se calmará. Que sepa cocer, que sepa bordar. Pero el bebé no detiene su llanto.

## 2

El cafetal tiene algo mágico. Va más allá del simple hecho de cortar camino. Aunque no es menos cierto que se tarda media hora menos en alcanzar la finca que si se bordea. Rosa disfruta ese corto paseo. Las señoritas lo tienen prohibido. Incluso algunas mujeres, ya hechas y derechas, son amenazadas por sus maridos para que no pasen ni cerca de ahí. «Ni se te ocurra, Tomasa». «Te muelo a palos, María Merced». Al parecer, algún suceso marcó ese trayecto. Se han formado mitos a su alrededor. O, simplemente, los hombres temen por sus mujeres, y los padres, por sus hijas. Nadie habla directamente del tema. En ese tramo supuestamente indebido, además de la sombra inminente de los árboles de jinicuil, se cierne un misterio que las jovencitas aún no pueden interpretar por mucho que se valgan de la imaginación.

El cafetal se mantiene bien cuidado, aunque, al parecer, no tiene dueño alguno. En temporada, los hombres suelen ir a recoger el café. Es la única vez que lo hacen ellos, pues en sus fincas quienes hacen las recogidas son las mujeres. Eso sí, no hay casa que no elogie el fruto de ese cultivo en particular. El café sale de tal forma que no es necesario ni endulzarlo. A aquel que le guste amargo lo encontrará a su gusto, al igual que aquella que lo prefiera dulce, y ambas tazas habrán salido de la misma colada. En este momento, el fruto aún está verde y pequeño. Rosa, a veces, se sale del único trillo que une los dos extremos y así disfruta del silencio absoluto que solo rompen las vainas de los árboles, pero esta vez no conviene tardar tanto.

Cuando llega a la finca, ya atardece. Sin cargo de conciencia alguno, ya que no se entretuvo por el camino, teme que Félix la regañe. Sin embargo, este no le hace ni caso. Se limita a asentir con la cabeza ante el saludo de su hija. Está en su ritual diario al concluir el trabajo, que consiste en sentarse a recibir el fresco del portal mientras disfruta de la única mecedora de la casa, que es suya, acompañado de un puro barato y un trago de alcohol de la más baja calidad. A su lado, la radio, con un volumen capaz de simpatizar con cualquier oído en cinco kilómetros a la redonda; se debate entre dos emisoras que parecen estar en la misma frecuencia: una debe ser de la emisora local de Guantánamo y la otra del Ejército Rebelde. Félix sonríe. Le hace gracia la contienda que va desde las batallas en la Sierra Maestra, donde acontecen la mayoría de los combates entre el ejército del país y los rebeldes, hasta tomar el control de una simple sintonía.

En la parte trasera de la casa, la humareda avisa que Mercedes está cocinando. En un estrecho y largo fogón de carbón, se prepara la dieta básica de la familia: vianda y arroz. Rosa intenta darle los dos kilos que ha ganado a la madre, pero ella se empeña en aceptar solamente uno. «Por suerte, esta vez te han pagado directamente, *mija*. Aprovecha», le susurra con picardía. A veces, el dinero se lo dan a Félix y es él quien decide cómo invertirlo en sus hijas.

«¡VICTORIA!». Las dos mujeres se espantan al escuchar el grito proveniente de la radio, con el volumen más alto aún. Nereida ha sacado la cabeza desde el cuartico de madera que usan como baño buscando una explicación a tanto escándalo. Mercedes es la única que se atreve a acercarse al portal y pedirle a su marido que baje la radio. Este le hace una seña para que ella preste atención. Alguien, de forma contundente, anuncia el triunfo del Ejército Rebelde.

«El dictador Fulgencio Batista ha huido. Este año marcará la historia, no solo de Cuba, sino de América Latina y el mundo. El 1959 será un año épico para la humanidad. Se ha logrado la victoria. Una victoria que ha costado vidas inocentes, pero su honra será lavada con justicia y libertad plena. Como diría nuestro co-

mandante Fidel, una revolución hecha con los humildes, por los humildes y para los humildes. Viva la naciente revolución cubana».

El vitoreo de una masa excitada se escucha. Ya no hay emisora compitiendo, por lo que resulta más clara la sintonía. Félix baja el sonido lentamente mientras su rostro cavila y busca la mirada cómplice de Mercedes. «¡A cambiarse el calzoncillo de nuevo!», le dice sin esperar respuesta alguna, y se vuelve a mecer en el sillón con el trago de ron en la mano.

Mercedes retorna a sus quehaceres mientras les cuenta a sus hijas —Nereida aún con la cabeza enjabonada— los últimos acontecimientos políticos que divierten a su padre. Estaba en ello cuando se detuvo a escuchar. Félix está gritando desde el portal. «Estos son iguales que los demás. Dale unos días en el poder pa que tú veas como aquí no cambia ni *cojone*». Discute con Felo, compadre marido de Negra, que pasaba por el camino y quiere hacer debate de la noticia. Al final, Félix da permiso para que la familia coma sin él. Los compadres se quedan toda la noche bajando la botella, recordando todos los presidentes que ha tenido Cuba desde que dejara de ser colonia de España, despotricando de cada uno de ellos, a saber cuál de todos había jodido más al país. La competencia era dura; y los ánimos iban desde el empuje cojonudo hasta la risa más disparatada. Una veintena de presidentes en medio siglo que llevaba el país de «independizarse». Algunos incluso estuvieron por unas horas, literalmente. Agarraban el mando y se daban cuenta de que no había pantalones que arreglaran el embrollo de este país. O se proclamaban delante del pueblo hasta que, detrás de la cortina, venía otro con más armas, más dinero, y le hacía renunciar ante el mismo pueblo. Que si el desvío de capital de obras públicas, que si los asesinatos de la oposición, que si todos eran unos lameculos de Estados Unidos. El robo de un diamante grande que había en el capitolio de la Habana, que luego apareció en la gaveta del despacho del presidente con su carita de yo no he sido. «No los defiendas tan pronto. Esto es una mierda sin arreglo», dice Félix mientras bota lo que queda del tabaco y deja a Felo solo en el portal, dando por terminada la conversación.

Yerba de Guinea, así se llama el poblado, resulta en la geografía de Cuba como una pequeña masa de tierra sin importancia con no más de cien habitantes, todos campesinos sin educación ni mucho dinero. A nivel territorial, es el último pueblo antes de pasar a la jurisdicción de Guantánamo, que a su vez es lo más cerca que están de ver algo parecido a la electricidad: a casi cuarenta kilómetros de distancia, el resplandor de las luces de la base naval, propiedad de los Estados Unidos, surge por detrás de una montaña opacando un puñado de estrellas, mientras el resto del cielo sigue inminentemente azul marino y lleno de luces viajeras. Mingo, el mayor de los hermanos, a veces tenía negocios por aquella zona y llevaba a los menores solo para que vieran ese fantasma de luz eléctrica. Caminaban una hora, las dos hermanas y los dos hermanos, para, tras ver el suceso milagroso, hacer el regreso antes de que se hiciera demasiado tarde. Las niñas se quedaban emocionadas, preguntando cuándo regresarían a ver la corriente. Hay solo dos radios en todo el pueblo: la de Félix y la de un ganadero que vive a orillas de la carretera; ambas funcionan con baterías. A la civilización se le olvidó llegar a esta tierra.

Sin embargo, en un día, el pueblo se hizo importante bajo el criterio del nuevo Gobierno. Militares apostados en las esquinas con el fusil al hombro conversan con los guajiros de la zona. Nadie entiende el porqué, pero, al parecer, Yerba de Guinea, al igual que otros poblados pobres de los alrededores, va a dejar su condición de insignificante en la cartografía del país. Los guajiros se han embullado tanto que incluso ayudan a los militares a establecerse en pequeños barracones que han construido cerca de la carretera central. Algunos lo hacen para agradecerles, y otros para no desagradarles. Es mejor tenerlos de amigos, que uno nunca sabe. Casi todas las mujeres están guardadas en casa, sobre todo las jovencitas. Esos hombres se han pasado mucho tiempo escondidos en las montañas y, por muy buenas intenciones que traigan, siempre es mejor precaver. Se murmura que los comandantes del ejército son bastante celosos de la disciplina. Incluso se dice que ajusticiaron a



uno por beberse a escondidas una lata de leche condensada. Pero una cosa es la leche del batallón, y otra cosa muy distinta es la mujer de uno. Por eso a todo el mundo le extraña ver a las hijas de Félix comprando telas en la tienducha de la vieja Hortensia. Ellas, al principio, creen que las miradas se deben a su belleza natural, la cual, si no es exuberante, al menos destaca entre las guajiritas de la localidad; pero luego la misma Hortensia les aconseja que desaparezcan y no vuelvan sin un hombre de la familia que las acompañe. Las niñas se quedan asustadas. La distancia entre la finca y la carretera es de dos kilómetros, ¡eso atravesando el cafetal!, cosa que no parece muy prudente en estos momentos.

Rosa toma la tela que han comprado y la aprieta contra su pecho. Agarra el brazo de la hermana. Camina de regreso a casa con la vista baja. A veces, tiene que tirar de Nereida, que se muestra curiosa ante las miradas de los soldados. Estos no están llenos de odio como los otros. «¿Por qué no nos quedamos un rato?». Rosa prefiere no opinar y apurar la marcha. Siente unos pasos que se acercan al trote. Trata de ir más rápido, pero Nereida hace el esfuerzo suficiente para no alterar el ritmo. Un soldado logra alcanzarlas.

«¿Ustedes son las guajiritas que ganaron el premio?». Rosa no levanta la vista. Más bien mira a su hermana en busca de ayuda, y, para su desconsuelo, Nereida está sonriente y preguntando qué tipo de premio habían ganado. «El premio a las muchachas más lindas de la revolución». «Seducción política», piensa Nereida mientras siente que cada vez le cuesta más no tropezar asida del brazo de la hermana. El militar, un joven de unos veintitrés años, se presenta como Raúl y, directamente, se declara enamorado de Rosa. Nereida trata de contener la risa para que no suene estridente. Reconoce que es suficiente con que los ojos de Yerba de Guinea estén posados en ellos tres. Sonrojada, Rosa tiene más bien una cara de susto que ni siquiera puede disimular. Siente el frío de la blusa sudada que se le pega en la espalda, y el deterioro de las únicas sandalias que tiene ante tal paso atropellado.

Nereida y Raúl continúan con el juego. Rosa ya ha dado por imposible el desprenderse del militar, pero aún teme encontrarse con su padre en el camino. Al contrario de antes, ha empezado a ralentizar el avance con la esperanza de que el joven desista antes de llegar cerca de la finca. Ha pellizcado a su hermana tres veces, por cosas que ha dicho en nombre de ella; sin embargo, no ha hecho más que incrementar las risas de sus dos acompañantes. Al ver a su hermano Luisito pasar a lo lejos con una puerca amarrada, se percata de que están en un punto en el cual podrían ser vistas perfectamente desde el portal de la casa. Es ahí cuando Rosa levanta la mirada y ve por primera vez a Raúl. Hasta el momento, su vista no había subido más allá de sus rodillas con el rabillo del ojo. Su curiosidad se había conformado con ver un pantalón verde olivo sobre unas botas enfangadas en mal estado. Por su parte, la imaginación había hecho de aquella voz la materia necesaria para crear una cara un poco más joven que la que ahora ve, con unos rasgos menos toscos. Tampoco había imaginado sus ojos. O al menos no había querido hacerlo. Por lo que, cuando intenta hablarle, le cuesta más de unos segundos reaccionar. «Si mi padre te ve, te mata».

Raúl sonríe con sorna, pero, al ver la confirmación en la cara de Nereida, se va adaptando a la nueva situación. Detiene su paso. Deja que las muchachas continúen solas. Da media vuelta. Estuvo bien entretenerse por un rato, aunque no sacara nada de ello. Tampoco espera que sean las únicas guajiras en este fin del mundo. Estaba linda la blanquita. La voz de Rosa casi le hace detenerse, pero prefiere mirar por unos segundos hacia atrás en vez de detenerse como un tonto al que cualquiera llama a su antojo. «Gracias», le dice la blanquita mientras se voltea de vez en cuando a mirar.

Los temores de Rosa aumentan cuando, al llegar, Luisito les dice que su padre no está en la finca. El joven lo dice con tal desenfado, incluso con cierto gusto, que no entiende la cara de preocupación de su hermana. Al contrario. Eran pocas las veces que Félix no se encontraba vigilando el trabajo de sus hijos. El dicho aquel que dice: «El ojo del amo engorda al caballo» para el patriarca

constituía una máxima casi religiosa. Pocas veces se ausentaba y, cuando por fin podían descansar de él, nunca sabían cuánto iba a durar la calma. Nunca decía a dónde iba ni a qué hora regresaba. No se sabía si estaba en la finca de al lado o si fue a la ciudad de Santiago de Cuba por negocios. Prefería tenerlos a todos alerta, sobre todo a Luisito, que le gustaba escabullirse del trabajo duro. «¿Es que acaso hay otro tipo de trabajo en una finca?», gritaba Félix cuando Mercedes intentaba que no azotara al segundo de sus hijos. Eso cuando estaba de buenas. A veces le decía cosas peores.

Rosa pasa la tarde entera temiendo la aparición del padre con el fuste en la mano. Se imagina su cara viéndolos, a ella al lado del militar, desde algún escondrijo de la casa de uno de sus amigos que viven cerca de la carretera. Trata de calcular cuántos azotes le tocarían. Quizás un poco más que a Nereida, ya que Raúl caminaba justo a su derecha. Incluso a la hora de cenar, cuando sabe que no va a llegar porque su madre da orden de comer con los presentes y sin esperar a nadie, persiste en ella ese deseo de que por fin aparezca su padre, le dé unos cuantos cintazos, y salir de la incertidumbre de una vez.

En la mesa están los seis platos, aunque esta noche solo son cuatro comensales. Mercedes es una mujer de pocas tradiciones, pero las que tiene las lleva a cabo con excelente firmeza. El que Félix no esté es poco común, por eso se sobreentiende que se le guarde su lugar en caso de que aparezca. Pero el plato del hijo mayor siempre causa alguna que otra risa entre las hermanas, las cuales, con confianza, suelen burlarse entre cuchicheos de la madre. Porque Mingo termina de trabajar, se baña y desaparece de la finca. A veces regresa tarde en la noche, y otras no regresa hasta temprano en la madrugada, ya listo para trabajar. Todos los días, antes de salir, le dice a su madre que no va a comer en casa. Mercedes asiente con la cabeza y, a la hora de la comida, pone el plato de Mingo en la mesa. Pero, a diferencia de otras noches, esta vez Rosa no tiene ganas de hacer bromas al respecto, a pesar de que Nereida trata de incitarla.

Al terminar la cena, las hermanas ayudan a su madre a recoger mientras Luisito decide la forma en la que se va a aburrir. Generalmente, se limita a sentarse en el patio lateral y esperar a que llegue el sueño, o en el portal cuando su padre no ocupa la mecedora. En el campo, después de que anochece no hay mucho para hacer. Mucho menos si no está Félix, único autorizado para tocar la radio. Así que Luisito se entretiene imaginando que tiene treinta años, igual que su hermano, y que se pierde en los caminos de los poblados cercanos o en los brazos de alguna mujer que no sea una «niñata». «Si aquella vez en el río no hubiera aparecido la vieja Hortensia, otro gallo me cantarí». La nietecita ya estaba casi convencida de quitarse la ropa en el río. Llevaba un buen rato entre juegos y risas tirándole de la blusa mojada. Como loco con esos pechos firmes que se le marcaban en la tela blanca de poco hilo. Y ella que no, que no estaba bien, pero, entre tantas risas, no había quien la tomara en serio. Pellizquitos en los muslos, una agarradita de nalga. Casi la iba a abrazar cuando se oyó el grito desde la piedra alta del río. «¡Carmita!». «Claro, Carmita tenía edad para ser mujercita, y yo ya había cumplido los dieciocho cuando aquello, hace dos años. Si quería jugar con la muñequita, había que juntarse. ¿Y de dónde iba a sacar dinero para la juntamenta si todavía le trabajo a mi padre?». Al poco tiempo, apareció uno parecido a Mingo que se la llevó. *Salao*. Hasta el sol de hoy.

La noche empieza a hacerse cada vez más fría, pero, entre la mecedora y las tetas de Carmita en el río, Luisito se está calentando. A veces, por el día, usa a una puerquita como consuelo, pero sabe que entrar en el corral a estas horas sería alarmar a todo el vecindario. Los puercos duermen amontonados y, en cuanto se asustan, comienzan a chillarse unos a otros. Mira hacia la casa para comprobar que el candil está apagado. Mete la mano dentro del pantalón y comienza a amasarse el miembro con los ojos cerrados; valiéndose del recuerdo para construir lo que hubiera pasado en ese río. Sus caderas *bapullantes*, su carne *atorrenciada*, su chochita achicaita... La define parte por parte hasta lograr encontrarla desnuda en el agua

revuelta, llena de tierra. Un ruido lo saca de sus ensoñaciones. Con sigilo, y un caminar incómodo por el pene erecto, se va a su cama.

Félix logra cerrar el portón con éxito, a diferencia de la última vez que tuvo que llamar al menor de sus hijos porque él era incapaz de encontrar el agujero por donde se mete el hierro de la cerradura. Por suerte, el muchacho andaba cerca esa vez, orinando o algo así. No recuerda. Sube el trillo que comunica el camino con la casa. Detiene la mecedora, que, aunque no hay mucho viento, por alguna razón se mueve. Deja las botas enfangadas en el portal antes de entrar. Se asegura con el pie de que Mingo no duerme hoy en el piso de la sala —no hay razón para pisar a los hijos— y se desnuda en el cuarto antes de acostarse sudado, apestando a alcohol y tabaco, junto a Mercedes.

Respira como si fuera un asmático que anuncia el ataque que le sobreviene. Espera que la sábana se acostumbre a su cuerpo húmedo, que la cabeza deje de parecer tan ajena a la posición horizontal. Un halo de alcohol de noventa grados inunda el cuarto. «Me han dicho que las niñas han estado hablando con los verdes esos». Como contestación solo escucha su propio aire reverberante. Intenta girar la cabeza hacia su mujer, que está acostada dándole la espalda, pero el estómago le avisa que, a partir de ahora, cualquier otro movimiento puede parar en espectáculo vomitivo. En la misma posición, vuelve a repetir palabra por palabra, sin subir ni siquiera el tono. No obtiene respuesta. Con más esfuerzo que el que quisiera, estira la mano derecha hasta tocarle las nalgas a Mercedes. «¡Sabrá Dios qué mujerzuela te lo dijo!», le replica sin gritar y sin voltearse, pero firme. Félix sonríe en silencio. Le resulta gracioso que, a pesar de los años, Mercedes se haga la dormida siempre que regresa tan tarde.



### 3

A las 05.30 h, Mercedes tiene el café puesto en el colador y ya le está echando el agua hirviendo. Sirve en tres jarritos metálicos la primera colada. El café amargo es cosa de los viejos de la casa y del mayor que ya viene entrando por la portería. Hace una segunda colada para el resto que les gusta el café aguado, dulce. Cada uno agarra un trozo de pan. Se sientan en cualquier tronco o taburete que haya alrededor de la cocina de leña. El único que desayuna parado es Mingo. Solo se sienta cuando ha terminado la jornada.

«¿Me pueden decir qué carajos hacían ustedes hablando con esos militares ayer?». La sorpresa fue tal que Nereida casi se atraganta con el café. Luisito, que estaba a su lado, le dio algunos golpes en la espalda hasta que Mingo soltó su jarra en el fregadero y le hizo una seña para empezar el trabajo en el corral. Las hermanas bajaron la vista. Mercedes se puso a barrer el patio con la escoba rústica de retama, sin alejarse mucho. «¡Ni el diablo sabe qué va a pasar con esta gente!», grita Félix mientras su mujer piensa la manera de intervenir sin enfurecerlo más todavía. Por una parte, es mejor que esté hablando. Si les quisiera dar cintazos lo hubiera hecho primero y luego les diría el porqué; pero está gritando demasiado. Cada vez son más los militares que se adentran en el poblado. Mercedes mira de reojo hacia el camino, por si acaso. Por suerte, la juerga de la noche anterior no le deja tanta fuerza como para vaciarse en reprimendas. Después de recordarles bajo pena de azote el respeto que le deben como padre, las manda al maizal y les ordena no bajar hasta que él las llame, así tengan que comer maíz crudo para el almuerzo.

Félix tiene una reputación en los alrededores que cuida con celo. A los cinco años se quedó huérfano. Su padre, héroe de la guerra contra los españoles en tiempos de la colonia, fue condenado a fusilamiento por matar a un gallego que sospechaba que le cantaba coplas a su mujer. Una hora antes de que llegara la guardia del pueblo, le cortó la cabeza a la supuesta infiel y la escondió sabrá Dios dónde, que todavía no se ha encontrado. Era una mujer muy bella. En el pueblo decían que eso fue lo que la decapitó, no el machete.

El niño que sobrevivió a la tragedia quedó al amparo de la vida. La casa se la quedó uno de los guardias que atendió el caso, y los vecinos del pueblo se turnaron el cuidado del pequeño a un mes por familia. La comida y el cobijo se lo cobraron a través del trabajo. Según pasó por las diferentes familias, así aprendió el oficio en el que era excepcional cada una. Con siete años, ya sabía cuidar de un huerto extenso como si fuera propio, limpiar los corrales de los machos, ordeñar la vaca sin tener necesidad de atarle las patas. Incluso a los diez ya estaba soldando hierros para hacer carretas con Manolo, el soldador del pueblo.

A los dieciséis años, decidió dejar atrás todo el pasado que le perseguía. Abandonó el pueblo. Nunca lo miraban como a la gente normal. Siempre identificaba un atisbo de lástima, sobre todo en las muchachitas de la zona. Ni siquiera se despidió. Con los mismos trapos que llevaba puestos y el machete de Manolo, comenzó a caminar hacia la montaña. No paró hasta que el hambre le hizo mella al cabo de una semana. Ya no bastaban las frutas que de vez en cuando se encontraba. En un descampado de tierra árida, en el medio de la nada, picó unos troncos y, mal que bien, levantó una casita de cuatro paredes con techo de yagua. Eso era suyo. Propio. A partir de ese momento, se acabó la caridad ajena. Lo cierto es que para él se había acabado el resto del mundo.

Dicen que, en algún momento, mientras chapeaba las malas hierbas para ampliar el terreno de sembrado, apareció un hombre de tez blanca con otros dos de piel más bien ceniza. Los tres a



caballo. El cara pálida le dijo que esa tierra era suya. Que él estaba invadiendo su propiedad. Félix llevaba casi un año viviendo ajeno a todo rostro humano. El bohío que llamaba casa seguía teniendo las mismas dimensiones, pero a su alrededor la tierra ya no era tan árida. La había trabajado con herramientas rudimentarias que él mismo se había fabricado. Unos cuantos huertos le proveían de comida según la estación del año, el resto lo buscaba campo adentro en tierra de nadie. Incluso se había propuesto construir un secadero de tabaco que sería su retorno, si en algún momento lo decidía, a la vida en sociedad. Así que, cuando escuchó la frase «vete de mi tierra», ladrada por uno de los secuaces, ni siquiera el semblante le cambió. Pensaron que aquel hombre semidesnudo, ermitaño, quizás fuera sordo, o no entendía bien el castellano, por lo que uno de ellos intentó acercarse para explicárselo mejor. El caballo siguió caminando hacia Félix, pero el que fuera su jinete yacía en el piso con el machete clavado en el centro del pecho. El movimiento había sido tan rápido que, al retornar los ojos del muerto al ermitaño, pareciera como si este no hubiera hecho gesto alguno. En cuanto entendieron lo que había sucedido, cosa que les costó al menos un minuto, el término galopar se hizo pequeño ante la velocidad que exigían de sus caballos.

Félix enterró al hombre en frente de la casa con una cruz... de advertencia. Luego amarró el caballo en una esquina del bohío. Durmió tranquilo. Igual que siempre. Sin miedos ni remordimientos. Sabía que, si el blanco era un tipo importante con algo de dinero, vendrían a cazarlo. Pero eso le daba igual. A la semana, llegó otro hombre blanco, sonriente, y mucho más joven que el anterior. Era el verdadero dueño de las tierras. Vino sin escolta ni matones. Félix se pasó la conversación tensando los ojos para mirar a los laterales discretamente. Ni rastro de posible emboscada. Don Pepe, que así se llamaba, le habló por lo claro, sin sorna. De hombre a hombre, «si decides quedarte, lo haces como un campesino más. Trabajas para mí, con la protección que esto supone. A los que trabajan para mí no se les toca a no ser que yo lo quiera. Si no estás

interesado, es mejor que te pierdas. En esta vida, hasta los matones tienen familia».

Pensó que le iba a costar más trabajo decidirlo, pero, en cuanto valoró las posibles ventajas de la tierra que ya sentía como propia, sin darle mucha importancia, afirmó su decisión de quedarse. «Pero a nadie yo lo llamo patrón», advirtió con el rostro calmo. Don Pepe echó una carcajada, elogió el caballo y se marchó. Luego vino de nuevo el otro blanco, que al parecer era su segundo, a explicarle a Félix las condiciones y los deberes de su acuerdo. El hombre no podía mencionar tres palabras seguidas sin temblar.

El caballo le hizo compañía durante algunos años. Murió de una enfermedad rara que no quiso tratar para no tener que ir a ningún pueblo en busca de un veterinario. Luego empezó a ver movimiento en los alrededores. Se enteró de que había un lugar cerca que se llamaba Yerba de Guinea. Al parecer, antes era una carretera de tierra con un bohío a cada lado, pero la población había ido creciendo. Nuevas familias se iban formando por emparejamientos entre los mismos primos y hermanos de la misma familia, y lo que antaño era un lugar sin más se fue convirtiendo en pueblo, que incluía las tierras de don Pepe. Pero, antes de que todo eso fuera llamado pueblo, él ya estaba ahí. Se había bautizado como mito sin saberlo. Nadie le había visto el rostro, pero sabían por cuál zona no acercarse; por dónde andar con cuidado. Siguió siendo así hasta que él mismo decidió lo contrario.

Si no llega a ser por una guajira que saluda a Mercedes desde el camino, no hay quien le preste voces a la finca esta mañana. Es cierto que con tanta mudez se siente más larga la faena, pero mejor eso que oír a Félix pelear. Conscientemente, ese era el mayor objetivo del día para cada uno de sus hijos, y no menos para Mercedes. Las hermanas en el maizal se hablan entre murmullos, atentas a cualquier ruido que pueda indicar proximidad. Mingo y Luisito terminan de limpiar las baldosas de piedra del corral, y, mientras el primero piensa en construir una nueva canaleta donde ponerles la comida a los puercos, el segundo inventa qué hacer para parecer que está haciendo y no trabajar tanto. Le está saliendo bastante bien el plan, parado junto al huerto, removiendo la tierra que quedó libre de la última sembrada de tomates, hasta que la gallina de guinea desaparece. Ahí se acaba su tranquilidad.

La guineíta, como la llamaban en la familia, quizás era la gallina más cuidada en todo el país. Al ser propiedad de Félix, menos no se podía esperar. Se la había comprado a un negro que decía haberla traído directamente desde el África. Félix no se creyó el cuento, o no quiso creérselo con tal de que le bajaran el precio a la dichosa gallina. Al final, consiguió descuento, y eso que se la llevó con pareja. Estos animales tienen la capacidad de consumir los insectos sin arruinar las plantas y la vegetación del lugar, de ahí que sean tan valiosos. La guineíta es el único método de control de plagas en el que confía Félix fervientemente, el resto le parece poco natural o invenciones que le dañan su siembra. El problema es que, a veces,

a la gallina le da por perderse o jugar a las escondidas, y al dueño le da una rabieta que no se puede aguantar; sabe que el animal le está jugando cabeza, pero prefiere asegurarse que sigue siendo su propiedad antes que perderla en un descuido. Además, el hambre no cree en respeto. Con tal de aprovecharla, aunque no la pueda exhibir, cualquiera se la come; carne jugosa, rica en nutrientes. En los tiempos que corren, eso para un guajiro es casi un faisán. Cuando ella se pierde, Félix guarda a la pareja inmediatamente como resguardo de que regrese, pero, aun así, se empeña en buscarla. Luisito, que está tan campante mirando la tierra existir, tiene que acudir al llamado de su padre para la misión de búsqueda y captura.

La finca es más alargada que ancha, y guineíta suele esconderse por los matorrales que marcan la división del territorio con la finca vecina. Encontrarla no suele ser difícil. La cuestión es agarrarla, o al menos dirigirla hacia el huerto donde pueda ser bien vigilada, cosa que se complica cuando el animal corre todo el tiempo y, a veces, como ave que se respete, le da por volar un poco. Cuando la encuentran, deciden usar la misma técnica de siempre: acorralarla por ambos lados hasta que decida por cuál va a huir, y atraparla en el intento. Padre e hijo caminan hacia sí, se acercan poco a poco, con los brazos extendidos para hacer mayor la sensación de cerco. Cuando el animal se ve acorralado, tira un poco hacia Félix, le hace creer que se va a entregar sin mostrar resistencia, pero solo estaba cogiendo impulso para lanzarse contra la cara de Luisito y caer en la propiedad vecina. La actitud de la gallina toma de sorpresa al muchacho, que, al mirar la cara de su padre, muestra una mezcla entre decepción y resignación. «Lo que tienes entre las piernas no te alcanza pa agarrar una gallina. Tan grande que estás y ni pa eso sirves».

Lo dice con seguridad —como todo lo que él decía—, pero no queda claro si eran dos preguntas o una misma afirmación. El objetivo es el mismo, eso sí. Y lo sabe conseguir. A Luisito le queda colgando una cara de impotencia que no sabe qué hacer a continuación para contentar a su padre. Esto, a su vez, su padre lo

interpreta como que el muchacho es medio lelo, así que le indica por dónde tiene que coger para desaparecer de su campo de visión: con sus hermanas. «¡Vaya con las mujercitas!». El muchacho obedece de mala gana, pero sin chistar. Se pasa el día entero sin pronunciar palabra a Rosa y a Nereida —que en esos casos dan por imposible el intentar sacarlo de ese estado—; y rememora el día en que, con once años, perdió el afecto de su papá.

\*\*\*

Aquella tarde, en la más absoluta calma que puede tener un domingo, los gritos de Negra, la mujer de Felo, debieron haber llegado hasta la carretera. La perra, que desde unos días atrás tenía sospecha de rabia, había mordido a su hija. «Nos confiamos. Una le tiene cariño y se confía», les explicaba Negra a todos, sintiéndose tan culpable como si ella hubiera mordido a su propia hija. Cuando Felo se giró para coger el machete, la perra ya había salido por la misma puerta que él entró. La niña lloraba, más de la impresión que de la mordida en sí, pero había que tomar precauciones. Negra mandó a llamar a la curandera, y Felo se puso a buscar a la perra por toda la zona, machete en mano.

Fue guineíta, la dichosa gallina, la que avisó con sus chillidos que la perra andaba dentro de la finca. Para allá fue Felo con otros cuatro guajiros de la zona que quisieron dar su apoyo moral en la lucha contra la rabia —y de paso ver el espectáculo de Felo contra la perra, que prometía—. Pero, al llegar Félix, les desarmó las ganas de venganza con una calma absoluta: «La perra está en mi propiedad, así que la matamos a mi manera». Entró al cuarto de los hijos a despertar a Luisito, que hasta ese momento no se había enterado de nada. Cuando el niño salió al patio, se hubiese quedado impresionado por todos los hombres que le estaban esperando de no ser porque el bostezo de sueño no le dejaba ver. Félix le explicó medianamente la situación al poner la carabina en sus manos. «¿Usted no dice que es buen tirador?, pues hay que matar a la perra».

Luisito se había destacado como buen tirador, sí, pero tirador de escopetas de perles; escopetas de aire comprimido con las que practicaba cuando el padre lo llevaba cerca de la carretera para que se entretuviera un rato, con un tipo que cobraba a cinco perles el kilo, mientras él hacía sus cosas. Muchas veces, le había pedido al padre que le dejara probar la carabina, pero este le replicaba que un arma de verdad solo se coge cuando se va a matar algo con ella. Siempre se la negó. Sin embargo, ahora que tenía la carabina, no paraba de manosearla como un ciego, mientras le hacía fuerza a los ojos para que acabaran de abrirse de par en par. El grupo de hombres ya se estaba impacientando. Félix mantenía la sonrisa, pero, con el brazo por encima del hombro, le iba empujando hacia el yerbazal.

Cuando llegaron a una distancia prudente de la perra, todos se detuvieron. Luisito no terminaba de despertarse del todo, por lo que las miradas pasaban de expectantes a despectivas según la capacidad de reacción que mostrara el muchacho. Felo, a quien le parecía más asustado que otra cosa, por muy hijo de Félix que fuera, se echó un poco hacia atrás de forma disimulada. Apretó el machete. En cuanto el niño fallara, él le partiría pa arriba a la perra. Luisito se colocó el fusil contra el hombro. Miró al animal con los dos ojos, bastante abiertos. El animal debió haber presentido el peligro a pesar de su locura porque se metió en unos arbustos. Hubo que tirarle piedras para que saliera. Nuevamente en punto de mira, ladeó un poco el cuerpo hacia sus cazadores y sacó los colmillos babeantes. El niño volvió a levantar el cañón. «Tienes que darle en la cabeza», le dijo su padre, ya un poco impaciente. Luisito respiró profundo, aguantó el aire unos segundos y disparó.

Falló. La perra salió corriendo, chillando, justo hacia el grupo de hombres. Le pasó tan de cerca al niño que Felo tuvo que desviar el machetazo para no cortarle un pie al chiquito. Luisito primero se impresionó. Pensó que el animal venía a devolverle el tiro. Pero ya su padre se encargaría de eso en los próximos días. Excepto Felo, que salió corriendo detrás de la perra, los hombres trataban de no

reír por no faltarle el respeto a Félix, pero sí le daban palmadas en el hombro al tirador, un poco para expresarse de manera cordial, y otro poco porque sabían lo que le esperaba al pobre muchacho.

Luego Felo confirmó que el tiro había dado en el lomo del animal, a pocos milímetros de la cabeza, pero Félix nunca le dijo nada a su hijo. Se tuvo que enterar él solito, años después, en una conversación con Negrita en la que esta contaba con mucho orgullo como su padre había descuartizado a la perra que la intentó infectar. Pero, pasado tanto tiempo, ya no servía de consuelo. Quizás no había errado el tiro del todo, pero sí había fallado complaciendo a su padre. Él y Rosa eran, en cierta forma, los más extraños a ojos de su padre. Él por no ser lo suficientemente hombre, y Rosa... el caso de Rosa le resultaba más difícil de entender.

